

Seg. 080 N. 29. San Francisco

LA RECOMPENSA DEL ARREPENTIMIENTO.



H-1

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA.



PRESENTADO Á LA COMPAÑÍA DEL
TEATRO DE ESTA CIUDAD, PARA SU REPRESENTACION (QUE SE HIZO REPETIDAS VECES, DESDE EL DIA QUATRO DE ENERO DE ESTE AÑO, Á BENEFICIO DE LA SEÑORA ALFONSA MERINO, SOBRESALIENTA DE PRIMERA DAMA.)

POR

EL DR. D. A. M. Y E. PENSIONADO POR S. M.
Y AUTOR DE OTRAS VARIAS PIEZAS EN PROSA Y VERSO.

*O Meliboe! Deus nobis haec otia fecit.
Virg.*

CON LICENCIA,

EN VALENCIA,

EN LA IMPRENTA DE JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1816.

INTERLOCUTORES.

13 ^{co}	D. Ambrosio, rico comerciante. . .	Señor Ramon Torres.
5 ^o	Julian, huérfano joven.	Señor Manuel Gonzalez.
20.	+ D. Lorenzo.	Señor Joaquin Trullén.
5 ^o 1 ^o	+ Francisco, criado antiguo de la casa de D. Ambrosio.	Señor Pedro Cubas.
2 ^a	+ Doña Manuela, muger de éste. . .	Señora Alfonsa Merino.
8 ^a	Adéla, su hija.	Señora Rafaela Gonzalez.
5 ^o 2 ^o	+ Elena, camarera y confidenta de Doña Manuela.	Señora Juana Corona.

La Scena es en una Quinta ó casa de Campo de la Ciudad de Sevilla: una gran puerta al medio con dos rejas á los lados, que van á dar á un jardin, que ha de verse desde afuera.

NOTA.

Deseoso el Editor de este Drama de disipar las falsas congeturas, formadas malignamente al tiempo de su representacion, sobre el argumento dél, protesta con toda la verdad, propia de su carácter, no haber tenido jamas la menor noticia, de que este caso haya sucedido en Valencia; pero si, en una Ciudad de Francia, habiendo llegado á escribir del Mr. P. L. B. celebre literato de aquella Nacion.

Ele. ¿Y tu crees que lo es Julianico?

Fran. No hay duda en eso, y nuestro amo lo echará tambien de ver así; porque le sobran los bienes de fortuna, y no es vanidoso.

Ele. Vaya, acabemos con esto. D. Lorenzo madruga mucho; habrá ya dado su paseo por el jardín, y vendrá con gana de desayunarse.

Fran. Yo no sé en que consiste, que en quanto me oyes hablar de Julian, mudas corriendo de conversacion.

Elen. *(Como embarazada.)* Ahora no debemos hablar mas que del chocolate.

Fran. Mira Elena, he notado mil veces, que quieres poco á Don Julian, apesar de que fuiste la que le tragiste aqui de edad de dos años. Entonces llorabas por él, mientras que se le entregabas á la señora: ella lloró tambien al recibirle; y yo hubiera llorado mas que vosotras si el ama no me hubiera hecho salir de allí.

Elen. Si; recuérdame ahora lo que sé mejor que tú.

Fran. Ya se vé que debes saberlo mucho mejor que no yo; aun por eso, siempre que te hablo de ello, aparentas un ayre de misterio....

Elen. De misterio!... yo! por que?

Fran. Que sé yo! pero mira, tal vez le habia entonces. Nuestro amo pasó á la América para recoger una herencia; tuvo varias dificultades; duró su ausencia quatro años, y á su

vuelta se halla con....

Elen. Con un desgraciado niño, que recogió su muger caritativa.

Fran. Yo no sé porque mi imaginacion se pára hoy en esto; pues mas de diez y ocho años há que no habia pensado yá en ello. Lo cierto es que Adéla y Julianico harian un hermoso grúpo.

Elen. *(Cortando la conversacion.)*

Francisco, mira que no hacemos mas que hablar y mas hablar, y no nos acordamos de que perdemos nuestro tiempo.

Fran. *(Sacando su muestra.)* Las ocho.

Elen. Y D. Lorenzo?

Fran. Sin duda que habrá ya vuelto de su paseo. Voy á ver si se le ofrece algo. *(Mirando la mesa.)* Ya está todo corriente.

Elen. Si, todo.

Fran. Hasta luego, Elena. *Vase.*

Elen. A dios, Francisco. — Mal rato me ha dado con sus recuerdos; sin embargo él no sabe nada. Este fatal secreto solo le sabemos mi ama y yo; y gracias á Dios, no hay el menor indicio de una fragilidad.... Infeliz Julian, quantas lágrimas ha costado tu nacimiento! Por fortuna el tiempo derrama sobre las heridas mas profundas un bálsamo consolador, que las hace olvidar. Por lo tocante á este amor imaginario, ú verdadero, entre Julian y Adéla, no creo que nos deba dar gran cuidado: los dos son vastante virtuosos, y se dexarán dirigir con facilidad hácia el fin mas ventajoso.

Ba
~~X~~ *Salen D. Ambrosio y D. Lorenzo.*

D. Amb. Buenos dias Elena. Sube á llamar á mi esposa, díla que hemos dado ya nuestra vuelta por el jardin D. Lorenzo y yo, y que no nos vendria mal el desayuno quanto antes.

D. Lor. Mucho mas, si nos concede el honor de su compañía.

Vase Elena

D. Amb. Continuemos con nuestra conversacion. Adela tiene los diez y ocho años....

D. Lor. Y es perfecta en todo.

D. Amb. En otros tiempos se creia desonrado un padre, si no se estaba muy quieto esperando á que le vinieran á pedir su hija. Nuestros abuelos, con su política goda, tenian este modo de pensar; por lo que á mi toca, juzgando que un hombre de bien no puede tener una luz mas segura que su propio corazón, no me detengo en semejantes formalidades. Tu eres mi amigo, Lorenzo.

D. Lor. Y me creo digno de serlo.

D. Amb. Encuentras preciosa á mi hija, segun me lo acabas de decir.

D. Lor. Asi la juzgan todas las personas de juicio.

D. Amb. Igualmente, que todas las damas, que le tienen, saben estimar á mi amigo.

D. Lor. Bien; pero no todas le aman.

D. Amb. Adela, tiene su corazón libre, y el hombre amable, que logre mi aprobacion, no se deberá temer una negativa de mi hija.

D. Lor. Tampoco basta eso para

un hombre de delicadeza.

D. Amb. Verdad es; pero como no puedo cortejarla por ti, te tomarás el trabajo de insinuar-te con ella. En una palabra; la amas tú? dímelo.

D. Lor. A lo menos estoy muy dispuesto á ello.

D. Amb. Pues tambien hallarás á Adela dispuesta para amarte, porque entre los buenos corazones reyna la simpatía.

D. Lor. Mucho lo deseo, amigo mio.

D. Amb. Mas sin embargo, en caso de que estuviese inclinada á algun otro, no insistiré yo en esto; tú te consolarás y yo igualmente; ¡desgraciados los padres que sacrifican la felicidad de sus hijos á sus convenios particulares! pero no nos paremos en una suposicion, que carece de todo fundamento. Volvamos á mi asunto; mi plan es este: no tengo mas que á Adela, y no quiero separarme de ella; nombrándote yo mi yerno, me estrecho mas con mi amigo, adquiero mayores derechos sobre su corazón, me aseguro mi tranquilidad para siempre, dando mi hija al hombre mas juicioso, que conozco; y para que nadie pueda quejarse de la fortuna, cuento asociar á Julian á mi comercio.

D. Lor. Lo acertarás haciéndolo así; pues es un jóven muy estimable.

D. Amb. Por tal le he tenido siempre; y el pensar yo en su bien estar, es aumentar el de mi esposa. A mi vuelta de Amé-

L. D. 64 2. foro.

La Recompensa

rica, me presentó esta criatura, que no me retuve á los principios, mas que por pura complacencia. Mi fortuna era harto escasa entonces: mi muger tenia poca edad, y no podia yo mantener muchos hijos.... En fin he adoptado este; y ni aun he querido penetrar el misterio de su nacimiento, que en la realidad me importa muy poco: por otro lado: quando he hablado algo de esto, me ha manifestado mi muger una repugnancia declarada por toda especie de explicacion. Sin duda que debe su nacimiento Julian á alguna que á ella la interesa mucho; porque sino, no se prestaria mi Esposa....

D. Lor. Tal vez alguna de sus amigas, seducida....

D. Amb. Sea lo que quiera, he respetado su secreto. Me he aficionado á este chico; le he criado con Adela; ha crecido á mi vista, y ha sobrepujado mis esperanzas. Sus tareas han contribuido al buen éxito de las mias; le debo una gran parte de mis riquezas, y yo le corresponderé asegurándole las suyas. Ya te he descubierto los sentimientos de mi alma. Si hallases en mis proyectos algo que no te acomode, te ruego me lo digas con la misma franqueza que acabas de ver en mi corazon.

D. Lor. En ellos hallo otras nuevas razones que me obligan á estimarte mas.

D. Amb. Conque estamos conformes?

D. Lor. Si: siempre que piensen

aquí todos como yo.

D. Amb. No debes dudar del consentimiento de mi esposa; y yo mismo te proporcionaré prontamente la ocasion de que la hables de nuestros designios, porque conviene que la pidas tú mi hija. Vamos, abrazame, yerno mio.

D. Lor. Con todo mi corazon, padre amado. (Abrazanse.)

D. Amb. Ya están aquí.

Salen Doña Manuela, Adela y Julian.

Adel. (Corriendo á besar la mano á su padre.) Buenos dias, padre mio.

D. Amb. Felices, querida mia.

Jul. Logradlos, Señor, muy buenos. (A D. Ambrosio.)

D. Amb. Así los tengas tambien, hijo mio. (A su muger.) ¿Y tú, querida, cómo estás?

Doña Man. He pasado bien la noche.

D. Amb. Me alegro; quiero que este dia sea feliz; y un sueño apacible dexa la imaginacion tranquila y risueña. Vamos, vamos á desayunarnos, porque tenemos que tratar luego de unos asuntos muy serios. (Sientanse, y se sirve.)

D. Lor. Me parece, Señora, que habeis hecho bien de veniros á vuestra Quinta: un cielo sereno, este ayre puro, el jardinito bien cuidado, todo esto dissiparia la melancolía mas reconcentrada.

D. Amb. Y el placer, ademas de eso, de tener á su rededor un marido tierno y sensible; una hija adorada, y muy digna de

sa 130
y G. con
nada foros

serlo; un segundo hijo....

Doña Man. (ap.) Ah! un segundo hijo!...

D. Amb. Y un amigo fiel, que á porfía te estiman: estos son unos medios seguros de vivir dichosa.

Doña Man. Y lo soy seguramente, en quanto puedo.

D. Amb. Tu virtud se lo merece.

Doña Man. (ap.) ¡Mi virtud!

D. Lor. He! por mas justo que sea un elogio, siempre confunde algo. — ¿Como halla el chocolate la señorita Adela?

Adel. Excelente, Sr. D. Lorenzo.

D. Amb. Pero aun la gustan mas los vizcochitos que la sirve Julianito. Se nos va haciendo ya muy obsequiante y galan.

Jul. (Con timidez.) Como me lo permite su madre....

D. Amb. Bien, si, Julian, yo me alegro. (A D. Lorenzo.) Confieso que la mútua ternura de estas criaturas me da un grande placer.

Adel. (Ap. y dando con el codo á Julian.) Bravo, bravo, ¿no lo oyes?

D. Amb. Supongo (á su muger.), que tambien tú le tienes: pronto probaré yo á Julian, quán agradecido te estoy del regalo que de él me has hecho.

Doña Man. (ap.) Agradecido! (en voz alta y con timidez.) Bastante has hecho ya por él.

D. Amb. Debo hacer mas de justicia, pues su celo por mí, su actividad é inteligencia esperan la recompensa.

Jul. Me avergonzais, D. Ambrosio.

D. Amb. Oidme un instante, hijos míos. Yo empecé por poca cosa, y mis deseos eran tan limitados como mis medios. Jamás me he creído que la industria de un comerciante fuese propiedad suya: he pensado por lo contrario, que debia esta industria emplearse en el bien de la sociedad, y que su fortuna particular estaba unida con la general. Por lo tanto, nunca he calculado lo que me podia valer la pobreza de mis semejantes; ni he procurado engruesarme con la sangre de los desgraciados. He llenado mis almacenes en los años de abundancia, para abrirlos en los de escasez: he vendido á todos precios, y me he sabido decir á mí mismo: «mi trabajo me dará mas tarde lo que presto hoy á la humanidad indigente,» y como pocas veces engañan sus especulaciones al hombre de bien, yo he prosperado mucho mas de lo que podia prometerme. No os recuerdo estos hechos por gloriarme de haber cumplido con mis obligaciones, sino porque el buen exemplo de los padres es para los hijos el mejor medio de alentarlos á la virtud. En fin, me encuentro poderoso; mi comercio es inmenso; necesito de un compañero que me procure mi descanso; y este compañero mio va á ser Julian.

Adel. (Dando con el codo á Julian.) Bravo!... bueno!

D. Amb. Hoy mismo quedará hecha nuestra escritura de sociedad (á Julian.): serán contra mí solo las pérdidas, y lleva-

rás quarta parte en las ganancias.

Jul. Jamás podrán mis expresiones....

D. Amb. Dexémonos de cumplimientos: yo no hago mas que cumplir con un deber sagrado; y me creo que no se quejará mi hija de las ventajas....

Adel. No, Padre mio: yo, no!

D. Amb. (A Doña Manuela que se enternece y llora.) Por lo tocante á ti, querida, juzgo que serás con Julian tan indulgente como tu hija. Tú le estimas muy particularmente, y te debes interesar en esto. El hacerle bien es lo mismo sin duda que complacerte.... pero tú lloras!...

Doña Man. Quanto te debemos todos!... y yo mucho mas que ellos!...

D. Amb. Lorenzo, da tu brazo á mi esposa, y os ireis á dar una vuelta por el jardin. (Se levantan.) (A su muger.) Tiene que comunicarte cierto asunto, y allí estareis mas á gusto: esa arboleda recuerda unas felices memorias: pronto hará veinte años que te declaré yo en ella mi amor por la primera vez. Los árboles han envejecido, pero mi corazon está lo mismo. Tú baxas los ojos, Adela. Ello es que llega un tiempo en que toda jóven tiene que darse á la reflexión. (A D. Lorenzo.) Vamos, anda, amigo mio. (Vase D. Lorenzo con Doña Mannela.) Yo me entro á mi quarto. Julian, en la Quinta se puede uno entregar á sus negocios lo mismo

que en la Ciudad: entrarás á buscarme dentro de un rato. (Vase.)

Adel. Qué dices á esto, amigo mio? ¿Empiezas ya á tranquilizarte con seguridad?

Julian. Un corazon como el mio, cuándo está sin inquietud!

Adel. Pero hay ciertas inquietudes indiscretas.

Jul. Y tambien las hay bien fundadas.

Adel. Julian, tú tienes gusto en atormentarte, y á mí me sabe eso mal. ¿No has oido á mi Padre? ¿No conoces lo que nos prometen sus disposiciones para lo venidero? ¿Quién te ha dicho que no ha encargado á D. Lorenzo que prevenga y exâmine á mi Madre sobre un matrimonio?...

Jul. ¿Y quien te ha dicho á tí que haya él pensado en mí?

Adel. Pues ¿en quien querrás que piense? ¿Crees tú que se haya escapado á su penetracion nuestro amor?

Jul. Me desesperaria yo de que tuviese de él la menor sospecha. Mis sentimientos son tan puros como el objeto que me los inspira; pero se juzga de los hombres por los hechos; y las apariencias están contra mí. Sus mismos beneficios....

Adel. Llámalos mas bien las cortas señales de su agradecimiento.

Jul. Ese pretendido agradecimiento da aumento á mi ingratitude.

Adel. ¿Ingrato tú, Julian!

Jul. Si: lo soy, Adela. ¿He de

bido yo amarte! ¡he debido también poco decirte!

Adel. Si, amigo mio. Has debido amarme, porque me has hallado amable; y me lo has debido decir porque un hombre de bien dice siempre lo que piensa.

Jul. ¡Y debias tú escucharme!

Adel. Qué! ha de oír una a todos los hombres, y ha de ser sorda para con aquel únicamente á quien se da la preferencia!

Jul. Adela, el efecto mas terrible de las pasiones es el de disimularse siempre lo que tienen de reprehensible. Mira hasta que extremo nos extravía ya este vivo fuego, que nos priva casi de la razón! Tú nos juzgas inocentes quando nos estamos amando en secreto; quando con una reserva culpable ofendemos á tus padres, mis generosos bienhechores. Aunque nuestras leyes no señalan penas contra los ingratos, la opinion pública los cubre de oprobio: ¿nos atreveremos á despreciarla?... ¿Te enterneces, Adela?

Adel. Tú haces mi existencia penosa.

Jul. Perdoname; pero debo decirte la verdad.

Adel. Todo eso me lo habias de haber dicho antes.

Jul. A los quince años pocos reflexionan bien.

Adel. Estás exâgerando siempre los obstáculos que pueden contribuir á nuestra desunion, y tu imaginacion solo te ofrece ideas funestas. Mi madre era también muy rica, y mi padre, que como tú

no tenía mas que sus virtudes, logró inmediatamente el consentimiento de sus padres.

Jul. Pero á lo menos él conocia á los suyos, á quienes se miraba con consideracion; pero yo.... yo no sé quien soy, y sé solo hacerme justicia.

Adel. No, Julian: tú no te la haces; y sino mudas de ideas y de estilo, reñiré contigo.

Jul. Qué! bien podrias, Adela?

Adel. ¿No puedes tú atormentarme?

Jul. Pues habla, dime que es lo que debo hacer?

Adel. Dexarte conducir, ingrato! Tú temes á mis padres; D. Lorenzo es su mayor amigo; tiene toda su confianza y la mia; yo, yo le hablaré. Piensa también en que mi madre te quiere tanto como yo; que mi padre te estima, y te mira con mucha atencion.

Jul. ¿Y si por último se negasen?...?

Adel. En ese caso te cogeria de la mano; te llevaria á su presencia; nos echariamos á sus pies, y les diria yo: aquí tienen ustedes, padres míos, el hombre que me he escogido por esposo; es el único, el solo que puede hacerme dichosa: espero que no me separarán ustedes de él.

Jul. ¿Que temible es ese instante!

Adel. No tal, Julian. Y si á los principios se negasen...

Jul. Me veria yo desterrado de aquí, perdido y deshonrado.

Adel. Nada de eso, amigo mio.

Un hombre de bien nunca deshonra á otro por una falta involuntaria. En un instante no se olvidan diez años de trabajo continuo, de estimacion y de cuidados: sobre todo, lo que me negasen hoy, me lo concederian muy gustosos mañana.

Jul. ¡Ay mi amada Adela, quanto te debo!

Adel. El ocuparme de tus intereses, ¿es mas que proporcionarme los míos?... Pero te insta ya el tiempo; no te hagas esperar; cumpliendo con sus deberes actuales, es como se hace uno digno de cumplir con otros mayores, (con una risita de ternura.) cuyo peso te ayudaré á llevar yo algun dia. (Julian la coge y besa la mano.) Tuya es ya, amigo mio. El vicio huye hasta de las apariencias; pero la inocencia se fia de la virtud.

Vase Julian.

Amable jóven! el amor debe reparar los agravios que te ha causado la fortuna. Ah! mi Julian será tierno, honrado como mi padre: yo seré agasajadora, atenta, virtuosa, como mi madre; la armonia de nuestro buen proceder familiar les recordará su juventud, y hará la ventura de sus antiguos dias. (Yendo hácia

D. Lorenzo que sale.) ¿Habeis dexado ya á mi madre, Sr. D. Lorenzo?

D. Lor. Si, Señora: ahora mismo.

Adel. ¿Se trata, segun creo, de unos asuntos importantes?

D. Lor. Importantísimos en efecto.

Adel. ¿Que no tienen que ver conmigo?

D. Lor. Que os son particulares.

Adel. (Con timidez.) Como soy naturalmente curiosa, D. Lorenzo....

D. Lor. Esa curiosidad es muy natural.

Adel. Sin duda, pues que se está tratando de mí.

D. Lor. Mayor es todavia la que yo tengo por saber, cómo tomaréis vos este asunto.

Adel. No hagais que me consuma: decidme algo mas.

D. Lor. Solo deseo hablaros....

Adel. Y yo oiros al punto.

D. Lor. Sin embargo, es tal mi confusion....

Adel. (Interrumpiéndole con viveza.) Pues qué! ¿no sería mi madre del mismo parecer que mi Papá?

D. Lor. Al contrario: piensan lo mismo uno que otro.

Adel. ¿Y pensais tambien como ellos?

D. Lor. En un todo absolutamente.

Adel. ¿Conque podré tranquilizarme?

D. Lor. Así pudiera yo estar tan tranquilo!

Adel. D. Lorenzo, explicaos mas claramente.

D. Lor. (Observándola.) Vuestros padres que solo piensan en vuestro bien, quisieran vuestro establecimiento.

Adel. Ah! conque quieren que me case.

D. Lor. ¿No os acomoda su proyecto, señorita?

- Adel.* Y por qué no?
- D. Lor.* Con que ¿lo aprobais?
- Adel.* Conforme.
- D. Lor.* Cómo?
- Adel.* Si quieren mis padres casarse por mí....
- D. Lor.* No son capaces de eso.
- Adel.* Pues si quieren que me case yo....
- D. Lor.* ¿Consentireis en ello?
- Adel.* (Con viva sonrisa.) Será preciso resignarse.
- D. Lor.* No dexaria de ser duro para vuestro esposo el deber vuestra mano á vuestra resignacion solamente.
- Adel.* (Con timidez.) Antes de que yo me explique mas, decidme, D. Lorenzo, quien es el que me destinan.
- D. Lor.* Le creo de algun mérito.
- Adel.* Jóven?
- D. Lor.* Si.
- Adel.* Muy amable?
- D. Lor.* Eso lo direis vos misma.
- Adel.* Habita?... dónde?
- D. Lor.* En esta Quinta, durante toda esta estacion.
- Adel.* Cómo se llama?
- D. Lor.* ¿Es posible que se necesita nombrarosle!
- Adel.* No, mi estimado D. Lorenzo. ¡Cuán aliviado ha quedado mi corazon! Que! ¿No reprobará mi padre un amor....
- D. Lor.* ¿Pues si es él quien le ha causado!
- Adel.* Yo me temia, que tal vez la preocupacion....
- D. Lor.* Qué es lo que decis?
- Adel.* Que me temia yo que la escasez de su fortuna....
- D. Lor.* No os entiendo, Adela.
- Adel.* Que! ¿no me quereis entender?
- D. Lor.* ¿Pues de quien me hablais?
- Adel.* ¿De quien me estais hablando vos mismo?
- D. Lor.* (Despues de un instante.) ¿Amáis á Julian, señorita?
- Adel.* ¿A que otro queriais que yo amase?
- D. Lor.* Mucho siento tener que deshacer una equivocacion, que apreciáis tanto; pero....
- Adel.* (Con mucha viveza.) Qué! ¿no es él el nombrado por mi padre?
- D. Lor.* No, Adela.
- Adel.* Ay infeliz de mí!
- D. Lor.* Infeliz! No, no lo seréis. Se ha creido que yo pudiera conveniros; se ha engañado; ya no hay mas. Julian posee vuestro corazon; vuestros padres son prudentes; él obtendrá vuestra mano; yo creo que será así.
- Adel.* Pero ¿creéis que consentirán?...
- D. Lor.* Solo desean vuestra felicidad.
- Adel.* Mi estimado D. Lorenzo, me hariais el favor de hablarlos.
- D. Lor.* Si, mi estimada Adela, les hablaré yo mismo.
- Adel.* ¡Quánta es vuestra bondad!
- D. Lor.* No es excesiva, á la verdad. El sacrificio es muy penoso; pero conozco que es muy necesario.
- Adel.* Julian está tan inquieto; sufre tanto!...

D. Lor. Y Adela participa de su justa impaciencia. Vamos! Hace un instante que me lisonjeaba yo de ser vuestro esposo; y ahora me veo limitado al empleo de vuestro confidente. Quedemos pues en esto: voy á decir á vuestro padre que no me quereis.

Adel. Ay, eso es muy duro!

D. Lor. Si; pero muy cierto.

Adel. Bien.... mas....

D. Lor. (Repitiéndose.) Vaya, pues le diré que no me quereis, lo qual siento yo mucho; pero que estais amando á otro, cuyas bellas prendas justifican vuestro cariño.... no es verdad?...

Adel. Eso, eso es precisamente.

D. Lor. Y que el que agrada mas á su hija, es el que mas la conviene.

Adel. Así; lindo! D. Lorenzo.

D. Lor. Ya veis que lo entiendo; vaya pues, dexadme por un rato.

Adel. (Hace que se va y vuelve.) Pero que no se lo digais tan á secas; tomad el asunto desde mas largo.

D. Lor. Esa es mi intencion.

Adel. Me entrego en vuestras manos con la mayor confianza. (Vase.)

D. Lor. La comision es bastante rara; pero cumplo con ella muy gustoso, y sentiré no quedar lucido.

Sale D. Ambrosio.

D. Amb. (Con ayre alegre.) Y bien Lorenzo, hablaste á mi muger, y has tenido tambien aquí á mi hija. Me parece hallarte con cierta alegría, que me persuade que todo va bien.

D. Lor. A lo menos espero que no irá mal.

D. Amb. Consiente mi muger?

D. Lor. Si: y me ha manifestado su satisfaccion por mi matrimonio con su hija del modo mas lisonjero, que no debo sin duda mas que á la amistad que sabe me tienes.

D. Amb. Por lo tocante á mi hija, estoy muy seguro....

D. Lor. Consiente tambien en casarse: me ha abierto su corazon con la enérgica franqueza de una jóven que ama por la primera vez.

D. Amb. Mira ahora si hacía yo bien de burlarme de tus temores y ridícula modestia.

D. Lor. (Ap.) No eran sino muy fundados.

D. Amb. Pues se debe, amigo mio, orillar este asunto prontamente.

D. Lor. Si: quanto antes será mejor.

D. Amb. Hacer venir un Escribano....

D. Lor. Y firmar el contrato.

D. Amb. (Como que se va.) Voy á hacer que le llamen.

D. Lor. Te lo aconsejo así: que si sobreviniese alguna dificultad, yo procuraré vencerla antes de su arribo.

D. Amb. Dificultad! no preveo ninguna, á menos que no la hagas tú nacer.

D. Lor. Al contrario: yo me acomodo á todo; pero ocurre un pequeño incidente que me embaraza un poco, y del que debo informarte.

D. Amb. Un incidente!

D. Lor. Si.

D. Amb. Dimelo, y al punto te satisfago.

D. Lor. Voy á hablarte. Tu hija se casa....

D. Amb. Y qué mas.

D. Lor. Pero no conmigo.

D. Amb. Y no contigo?

D. Lor. No, no es conmigo.

D. Amb. Lorenzo!...

D. Lor. Oh! Vas á enfadarte? ¿Te crees que sea yo el único hombre del mundo que pueda casarse con tu hija?

D. Amb. Ningun otro conozco que la convenga como tú.

D. Lor. Pues Adela tiene quien la conviene mucho mas.

D. Amb. ¡Adela con una pasion, y me la ha ocultado!

D. Lor. Las solteras tienen siempre cierta segunda idea: y el padre mas querido y respetado las inspira una suerte de temor que se opone á la confianza.

D. Amb. ¿No soy yo su mejor amigo?

D. Lor. Seguramente.

D. Amb. Conque me lo debia decir todo.

D. Lor. Ya te lo digo yo ahora: no es lo mismo?

D. Amb. Así, no te hubiera expuesto á un disgusto...

D. Lor. Si yo no me quejo de eso, ¿qué te importa?

D. Amb. Pero conoces tú al sujeto?

D. Lor. Perfectamente.

D. Amb. ¿Y apruebas tú la eleccion de mi hija?

D. Lor. Es digna de ti, y de ella.

D. Amb. Del mal el menos: de mucho peso es para mí tu aproba-

cion. Sin embargo, amigo mio, quiero antes de responder, saber quien es el hombre que hace la propuesta.

D. Lor. Es muy justo, y voy á hacerte su retrato, físico y moral en dos palabras. El es jóven.

D. Amb. Qué mas?

D. Lor. De una hermosa presencia.

D. Amb. Algo es eso.

D. Lor. Tiene mucho talento.

D. Amb. Mejor.

D. Lor. Un excelente corazon...

D. Amb. Bueno, bueno!

D. Lor. Y todas las virtudes que hacen á un hombre estimable.

D. Amb. Bravo!... ¡Adela le amaba silenciosamente, y ella ha esperado para declararse á que se tratára de darla á un otro! Esta reserva me incomoda, porque no me la merezco. El sugeto que acabas de pintarme, puede aspirar á todo; y Adela debia contar con su padre, confiando enteramente en él. Ese jóven ¿tiene algunos bienes?

D. Lor. Ni un ochavo; pero qué importa?

D. Amb. Alguna riqueza, no desaria el asunto, aunque á la verdad la felicidad no se compra. Se llama él?...

D. Lor. Julian.

D. Amb. Lorenzo!...

D. Lor. Ambrosio!

D. Amb. Qué me propones ahí?

D. Lor. Lo que acabas de aprobar: el nombre no hace nada á la cosa.

D. Amb. Nada hace el nombre, si; el hombre es el todo.

D. Lor. Conque Julian será tu yerno?

D. Amb. Hablemos un poco, y te responderé despues.

D. Lor. Oh! tu vas á oponer algunas antiguas y ridículas preocupaciones; á la mas dulce inclinacion de la naturaleza.

D. Amb. No señor; pero veamos como hará usted para escusar la conducta de Julianico.... Un jóven, á quien he criado, por quien tanto he hecho....

D. Lor. Y que ha sabido corresponder con su respeto, su gratitud, con quince años de trabajo, y con el aumento rápido de tus caudales.

D. Amb. Atreverse á amar á mi hija y amarla secretamente! ingratitude! seduccion!...

D. Lor. No; ni lo uno, ni lo otro. Entre jóvenes de una misma edad, no hay mas seductor que el amor.

D. Amb. Amigo, tu eres tolerante!....

D. Lor. Porque soy prudente.

D. Amb. Y yo no; no es verdad? Además, no hay cosa mas natural que el desear saber, con quien hace uno sus alianzas, y Julian, que ni siquiera conoce su familia....

D. Lor. Ya estamos en ese punto: pues; preocupaciones, en lugar de buenos principios! ¿Conoces tú un hombre mas apreciable que Julian?

D. Amb. No.

D. Lor. El és....

D. Amb. Todo lo que quieras; ya lo hemos dicho; honrado, juicioso, activo y muy inteligente.

D. Lor. Y con esas buenas qualidades; ¿quien tiene necesidad

de padrcs? Antes de que la sábia filosofía nos ilustrára, un hombre vano se adornaba hasta con las virtudes de sus mayores, y admirábamos á un necio, tal vez malvado, condecorado con un gran apellido: tontería, puerilidad! El hombre, que yo admiro, no es el que brilla con un resplandor prestado, sino el que nada debe á los otros, solo todo así mismo. Esto es lo que me sucede con Julian. Tú mismo estás tan penetrado de esta verdad, que le asócias á tu Comercio; y quieres negarle tu Adela? Tú, buen patriota, buen padre, y buen marido; no te correrias de condenar á tu hija á que devoráse su corazon; á no ver en tí mas que el autor de sus penas? Tú perderias su estimacion, la de tu muger y la mia por unas necias opiniones! Pero no será, no; conozco á mi amigo; el no puede ser dichoso sino por la felicidad de su familia; él abjurará un momento de error, y coronará la pasion de dos criaturas, cuya gracia no habré yo implorado en vano.

D. Amb. Lorenzo, bien lo sabes; yo soy fuerte, pero no obstinado; y jamas me he negado á las buenas razones. Si yo creyera que mi muger aprobase....

D. Lor. Dexemos eso á cargo de Adela y Julian: el amor es muy eloqüente; ellos la hablarán al corazon, y el de una madre no tiene mas gusto que ceder á sus hijos.

D. Amb. Dices bien; y por otro

lado, ama tanto ella á este jó-
ven....

D. Lor. Que tal vez no tendras
mas mérito que el de haberte
anticipado á su consentimiento.
Vamos: el escribano, el escri-
bano. *(Muy alegre.)*

D. Amb. *(Sonriéndose.)* Si, si, em-
biar por él á la ciudad al ins-
tante. *(A Doña Manuela que sale
con Elena.)* Querida mia, voy á
hacer llamar á mi escribano, y
dentro de dos horas, todo el
mundo estará aqui feliz y con-
tento. Te estoy disponiendo una
sorpresa.... de tal naturaleza....
pero Adela te lo dirá todo. *(Va-
se con D. Lorenzo.)*

Doña Man. Qué sorpresa será esta!

Elen. Algun nuevo rasgo de su
generosidad.

Doña Man. Feliz es para mí este
dia; pero mis remordimientos no
me dexan disfrutarlo.

Elen. Que cruel sois, señora, pa-
ra vos misma; os juzgais con
un rigor....

Doña Man. ¿Habrá algun ser vir-
tuoso, que pueda absolverme?

Elen. ¿Y habrá tampoco ninguno
que tenga por un crimen la
fragilidad de un momento, bor-
rado con mas de veinte años de
virtudes?

Doña Man. Amada amiga, tu no
conoces el estado de un cora-
zon atormentado por la memo-
ria de una falta irreparable.
Julian vivirá con abundancia y
comodidades; pero se lo debe-
rá á mi marido: á este buen
D. Ambrosio, á quien he enga-
ñado y estoy engañando aun,
sin poderle hacer saber este ter-

rible suceso. Es un bien hechor,
un esposo tierno y sensible, y
está muy distante de poder sos-
pecharse, que sus mismas be-
llas prendas aumentan mi do-
lor. *(Llorosa.)*

Elen. *(Ap.)* ¡Quánto me compa-
dece su estado!

D. Man. Confieso sin embargo, que
el matrimonio de Adela y Don
Lorenzo templa la amargura de
mi situacion. Se casa mi hija
con un hombre amable; será
dichosa, y esta union va á
calmar unos temores, que á
cada dia tomaban mayor au-
mento.

Elen. ¿Que mas os quedaba aun
que temer?

D. Man. ¿Te lo diré en fin, mi
querida Elena? Habia creido no-
tár entre Adela y Julian algunos
indicios, que prueban mas que
una para amistad: miradas fur-
tivas, suspiros involuntarios,
confianza extremada, suma re-
serva, tristeza sin motivo, sín-
tomas de la esperanza y del
rubór.... Nada se escapa á la
vista de una madre. Me he es-
tremecido mil veces, conside-
rando que el crimen, igualmen-
te que la virtud, puede ser
hereditario; entonces sentia yo
haber retenido junto á mí, á
este triste Julian. Sin embargo
¿que podia yo hacerle? Dema-
siado orgullosa para revelar mi
pasada debilidad, y harto tier-
na para abandonar un hijo, he
querido mas exponer mi reposo
que su exístencia.... Pero Don
Ambrosio, que habla de mi vir-
tud; que llama á Julian su se-

*Lo
L. con plie
foro -*

gundo hijo; que me dá gracias.... Ha! la terrible verdad está distante de su idea; toda entera está en su boca.... (Llorosa.)

Elen. Tranquilizaos por dios señora.... Si se notasen vuestras lágrimas!...

Doña Man. Ni aun logro de la satisfaccion de poderlas derramar libremente.... Ha!...

Elen. (Asustada.) Creo que entra Francisco. Disimulad, señora.... Retiráos de aquí.

Doña Man. Elena, tu me amarás siempre; así me lo has prometido.... y si he perdido mis derechos á tu estimacion, aun los tengo á tu sensibilidad. (Elena)

la besa la mano, ella la abraza llorosa y se vá.)

Sale Francisco con botas, látigo y un pliego ó carta.

Elen. ¿Que hay amigo Francisco? ¿Donde vas tú con ese equipage?

Fran. Ya soy correo; voy en posleta á Sevilla, y todas mis aprensiones, que tratabas de quiméricas, son ya efectivas y reales.

Elen. Cuentos y mas cuentos!

Fran. Ahora verás como se puede creer lo que se ha visto y oido.

Elen. Y que es lo que has oido; veamos.

Fran. Adela abrazaba á su padre y Julian estaba de rodillas á los pies dél....

Elen. Y que prueba eso?

Fran. Que van á casarlos.

Elen. (Conmovida.) ¿Te dexarás de esas suposiciones?

Fran. Esto es suponer aun! Pues ¿y el escribano, á quien voy

yo á llamar?

Elen. Eso es para el matrimonio de Adela con....

Fran. Con Julian....

Elen. Con D. Lorenzo.

Fran. Dale! con Julian, yo lo digo. Estaba él dando las gracias al amo con una ternura, con tal expresion....

Elen. Es que le da parte en su comercio, y debe el escribano hacer la escritura de asociacion.

Fran. (Con admiracion.) Si, si!

Elen. (Remedándole.) Si, si. Adela se casa con D. Lorenzo; este es negocio concluido desde esta mañana.

Fran. No; D. Lorenzo no tenia trazas de ser el novio. Mucho será que yo me haya engañado.

Elen. Pues, válgame Dios; ¿y á tí que te importa?

Fran. Yo lo sabré antes de volver aquí.

Elen. Y eso? Cómo?

Fran. Quando el escribano estienda allá el contrato, yo le iré leyendo por detras de su espalda.

Elen. Pues marcháte pronto, y con eso lo sabrás antes.

Fran. Tienes razon; voyme al punto; pero yo queria antes despedirme de tí.

Elen. Gracias.

Fran. (Al marcharse.) Ya sabes tú que siempre he sido muy atento contigo. (Vase.)

Elen. Que curiosidad! ¿Que habladurías! Este hombre me inquietaría, si esta boda no estuviese enteramente concluida; sin embargo, sus reflexiones, y las

observaciones de su madre me sobresaltan algo, á pesar de que los hechos las contradicen. Tiene razon mi buena señora: no hay sosiego para el culpable; pues que la sola amistad que me une con ella es tan agitada y penosa.

zo podrá favorecer una llama, que él es incapaz de sentir. Elena! hay una mano invisible, que no dexa al delito impune, y que vá á descargar sobre mí. Ele. Os olvidais, señora, de vuestros amigos; os olvidais de vos misma, y pereceréis víctima de la ilusion ó de la realidad.

ACTO SEGUNDO.

Doña Manuela y Elena.

Doña Man. El sepulcro es el único asilo que me queda; dicha yo, si mi reposo no es tambien inquietado en él, ó por los horrorosos recuerdos, ó por las venganzas que me he merecido. Siéntase.

Julian que sale se dirige á Doña Manuela.

Jul. Todo quanto interesa á los hombres, la estimacion de los juiciosos, los dones de la fortuna, y los favores del amor se reunen hoy para hacerme olvidar mis primeras desgracias: vuestra aprobacion es tan solo lo que falta á mi felicidad.

Doña Man. Qué dices? Levantándose de la silla.

Jul. Yo os debo mi educacion, mi providad, y mi existencia, que vos, señora, me habeis conservado; mi gratitud os satisfaria, si fuese posible corresponder dignamente á semejantes beneficios: sin embargo aun podeis aumentarlos; ó mas bien, si no escuchaseis mis ruegos, nada habriais hecho por mí.

Doña Man. Escuchas esto? dí Elena. (ap.)

Jul. Teneis una hija, á la qual no debia yo pretender, ni amar; una fiebre ardiente me consumia, sin que pudiese encontrar

~~D. Man.~~ Ay Elena! mi agitacion me acompaña por todas partes: antes tuve un instante de alivio, pero ahora vuelven á acometerme mis temores con mayor fuerza.
 Ele. Sois, señora, ingeniosa para atormentáros con vuestras quiméricas aprehensiones.
 D. Man. Ahora creo estar viendo, lo que tengo que temerme.
 Ele. ¿ Que es lo que puede hacer nacer vuestros sustos?
 D. Man. Acabo de pasar por la habitacion de mi marido; he visto á Julian y Adela: una mirada mia, rápida como el relámpago, ha confirmado mis sospechas; me ha parecido ver el delirio, la embriaguéz del amor. Don Ambrosio se regocijaba con sus arrebatos. Es que los cree inocentes!
 Ele. La bondad de mi amo debe motivar nuestros penosos presentimientos.
 D. Man. Con un hombre como mi esposo, Adela y Julian no tendrán necesidad de mas, que de declararse; el mismo D. Loren-

*En ta
G. J. J. J.*

M. J. J.

mi remedio; yo era todo de Adela, quando no me sospechaba ningun peligro. Educada conmigo, acostumbrada á verme, á inspirar y á sentir esta dulce confianza que sorprende las almas, me amaba tambien, quando ignoraba aun que tenia un corazon....

Doña Man. Qué horrible confianza. (*ap.*)

Julian. Un hombre generoso sabe nuestra situacion, y lleva nuestros votos á los pies de vuestro esposo. D. Ambrosio no se ha desdeñado de admitir á un sugeto, que solo tiene en su abono la activa amistad por sus protectores; se ha dignado acogirme; ha mirado á su hija; ella se ruborizó, y él me ha nombrado su yerno.

Doña Man. (*Dexándose caer sobre una silla.*) Infeliz de mí! Este es mi último golpe.

Jul. Anda (me dixo él) á verte con mi esposa; dila que te destino para que hagas feliz á mi hija, y aquella te abrirá sus brazos.

Doña Man. (*Incorporándose muy agitada.*) Julian.... Julian!... tu quieres!... esperas ...

Jul. Yo, señora, nada quiero; tan solamente suplico. Sin Adela no hay felicidad para mi; y sin mi, no puede haberla para ella.

Doña Man. (*Con desesperacion.*) No jamas!... jamas!...

Jul. (*Suplicando.*) Adela es vuestra hija, y á mi me habeis servido de madre.

Doña Man. Ay infeliz; y lo soy! (*Con turbacion.*)

Jul. Ah! si yo pudiera creerlos!

Doña Man. Ah! si pudiera yo olvidarlo!

Jul. Pues! y aun asi me negais á Adela!

Doña Man. (*Procurando sosegar-se.*) No habeis nacido el uno para el otro.

Jul. Decidme porque, y yo responderé y destruiré vuestras razones.

Doña Man. Tu lo crees vanamente.

Jul. Estoy muy cierto de ello.

Doña Man. ¡Ah si yo pudiera hablar!

Jul. Yo, señora, os lo ruego.

Doña Man. Porque ignoras lo que me pides.

Jul. (*A Adela que llega.*) Adela, se me desecha. Mira lo que debo yo á tu Madre! El oprobio de la desgracia de mi nacimiento, que no deberia recaer sobre mi....

Adel. Calla, no prosigas; calla.

Jul. Todo me obliga al silencio.

Pero tú, que me has dado tu corazon; tú, que tienes ya la aprobacion de tu padre; tú harás hablar á la naturaleza, y la razon: (*Cogiéndola de la mano.*) Ven, Adela mia, ampárame; echate conmigo á los pies de una madre sensible, que me desecha, y que no se negará á tus súplicas.

Adel. y Julian. (*De rodillas.*) Madre....

Doña Man. ¿Estariais, hijos mios, en esa postura, si yo pudiese prestarme á vuestros ruegos? Qué! Adela! ¡tú quieres ser madre, y no conoces la fuerza del sentimiento, que me debes!

Adel. Yo no sé, madre mia; pero me parece que jamas mi hi-

¡ja abrazaria en vano mis rodillas. ¿Que se ha hecho aquella ternura vuestra que no pensaba mas que en mi felicidad?

Doña Man. Hija cruel! ¿el corazon de una madre se puede mudar nunca?

Adel. Pues dadme ahora la prueba.

Doña Man. Ya está dada mi sentencia; y no puede revocarse.

Adel. (*Incorporándose con firmeza.*)

Pues tambien mi padre ha dado la suya.

Doña Man. ¿Y querrias tú sostenerla?

Adel. (*Señalando á Julian.*) ¿Que teneis que decir de él?

Doña Man. Nada.

Jul. Nada! y no será ella mia!

Doña Man. No; jamás.

Jul. (*Soltozando.*) Sois una injusta... tirana!

Adel. (*Con viveza.*) Julian! mira que hablas con mi madre!

(*A su madre.*) Perdonadle, madre mia, perdonadle: la fuerza de su dolor le arrebató, señora; esta ha sido la primera vez de su vida, y será ya la última.

Jul. Si: me he extraviado.... Pero ¿debo pagar vuestros beneficios con el sacrificio mas penoso?

Doña Man. (*Cogiendo de la mano á Adela, y encarándose á ella.*)

Adela! Dios te haga virtuosa: la inclinacion del crimen es muy fácil; la muger mas pura puede ser debil; y la memoria de una flaqueza es tan penetrante!...

Adel. Pero ¿que tienen que ver esas reflexiones con nuestro amor?

Doña Man. ¿Vuestro amor!... ¡Ah

hija mia! ya lo habia yo previsto: el crimen es hereditario.

Adel. ¿Si no os entiendo!

Doña Man. ¿Oxalá que jamas puedas entenderme!

Adel. Madre mia, os lo ruego por la última vez: tened piedad de vuestra hija; ella tiene vuestra misma sensibilidad; tiene vuestra alma. Pues que amasteis algun dia, acordaos ahora, y no os opongais á mi pasion.

Doña Man. (*Abrazando á los dos.*)

Hijos míos, si supieseis el tormento que me estáis causando; si pudieseis leer en este carazon que estais despedazando, y cuyo dolor es mucho mas agudo que el vuestro!... Compadéceos de una madre que os ama; no la expongais á unos combates inútiles para vosotros, y dolorosísimos para ella; y sobre todo procurad no acusarla ante vuestro padre; sus ruegos y su autoridad serian tambien en vano; y no lograriais mas que el aumento de mis males, sin mudar en nada mi resolucion.

Jul. Nosotros moriremos así, y será por causa vuestra.

Doña Man. (*Con un tono seco, y con delirio.*) El dolor no mata, Julian, no: yo te lo aseguro.

Adel. (*Llorosa.*) ¿Y que le diremos á mi padre?

Doña Man. Yo no sé... pero mi sosiego está en vuestras manos: consultad con vuestra delicadeza y con vuestro reconocimiento: ellos os inspirarán.... Idos, hijos míos, dexadme.

Adel. (*Cogiendo de la mano á Julian.*) Vente, querido, ven: si

L. 50
L. Jov. Látigo

no podemos ser dichosos, al menos lograremos llorar juntos.

(Vanse.)

Doña Man. ¡Que prueba esta, Dios mio, que prueba! Mil veces ha estado para escaparse de mis labios la terrible verdad!... Ay!... mis fuerzas están debilitadas.

(Sientase.) Esta criatura ha nacido para mi desgracia, y para la suya.... La naturaleza los arrastra el uno hácia el otro.... Pues que mi secreto no es sabido, puedo aun continuar callando, y coronar un ardor.... pero, Cielos! me extravió!... Infeliz! un crimen horroroso aún para los mismos salvajes!

Sale Francisco muy alegre.

Fran. (Chasqueando el látigo.) Ya estoy de vuelta de la ciudad: hemos venido á galope.

Doña Man. No me importunes, Francisco.

Fran. (Siempre alegre.) Os hallo triste, señora: ¿es que habeis adivinado el secreto de Adela, y estais aun creyendo que se la casa con D. Lorenzo? no, no, desengañaos, es para Julian. El Escribano viene ahí conmigo; está hecho ya el tratado; yo le he visto y le he leído.... Este pobre Julian.... ¡que guapo! Ahora me remozo yo.

Doña Man. (Incorporándose, con fuerza.) Oyes; salte, vete de aquí pronto.

Fran. (Como aturdido.) Que! ¿no me entendéis, Señora?

Doña Man. Que salgas te digo: quiero estar sola.

Fran. (Al irse.) ¡No alcanzo por que sea esto! ¡que diablos ha su-

cedido aquí! (Vase.)

Doña Man. Parece que se han declarado todos contra mí: este pobre criado quiere demostrar su afecto, y desgaja mas mi herida. ¡Que insoportable existencia!... Cielos! D. Lorenzo ahora!...

D. Lor. Vengo de ver á Julian y Adela. Los dexó agoviados de dolor, y en el llanto: ¿y sois vos, Señora, la que causa su desgracia? Siempre me hubiera pensado que la madre mas tierna y prudente daría al menos los motivos de una negativa que está sin duda fundada sobre unas fuertes razones, pero que nadie puede comprehender.

Doña Man. No podeis adivinarlas en efecto, pero existen realmente. Bien hechais de ver mi situación: ella es cruel; compadecedme, y no exijais mas.

D. Lor. Yo no debo limitarme á una compasion esteril: permitidme algunas reflexiones que os dignaréis disimular, porque las hallaréis razonables. Vuestro esposo ha consentido en la felicidad de su hija y de un jóven á quien amais con ternura: tal vez le ha movido á ello el deseo de complaceros, tanto como el de prestarse á mis ruegos: este matrimonio está arreglado; vuestros hijos tienen el placer de anunciaroslo por sí mismos; vienen á vos con la confianza que les inspiran un amor inocente, y la costumbre de vuestras bondades; se esperaban una nueva prueba de ellas, y solo encuentran una desabrida severidad que les desecha, y no persuade.

Doña Man. No es porque les desee ningun mal.

D. Lor. Así lo creo, y me complazco en persuadirmelo: mi estimacion por vos me lo asegura; y espero que la justificareis, explicando la causa de vuestra negativa, con la franqueza á que me juzgaréis acreedor.

Doña Man. Eso es lo que no puedo.

D. Lor. Pues es preciso, señora.

Doña Man. (ap.) Está visto!... No me dexarán un instante!

D. Lor. Mi amistad os importuna, porque es eficaz y prudente, y conoce los males que puede causar vuestro silencio. Unos hijos que se desesperan; un esposo sensible, pero fuerte, capaz de ceder á las razones sólidas, pero que no sufrirá una reserva ofensiva; la paz desterrada de vuestra casa; las disensiones y los odios, cuyos tristes efectos nos serán comunes á todos: ved aquí, Señora, lo que va á ser una familia, unida despues de tanto tiempo, por tanto tiempo dichosa, y que lo sería siempre sin vuestra incomprehensible resistencia.

Doña Man. Yo os desengañaría con una sola palabra; pero esta palabra aumentaria los males que temeis. ¿No se ha de permitirme mi secreto?

D. Lor. No, señora; nadie los tiene de esta naturaleza; una alma noble no sacrifica los que la rodean á algunas fantasías, ni al capricho: ya lo dixé: perdonadme: si, á un capricho; pues si tuvieseis razon, no dexariais de exponerla.

Doña Man. Pues bien, yo hablaré: vuestras instancias me agovian. Quereis que yo pierda vuestra estimacion, la de mi esposo y de mis hijos; quereis que me pierda yo á mí misma: Voy á satisfaceros. Ah! así como así, este secreto me oprime y consume, y no puedo guardarlo por mas tiempo!...

D. Lor. (ap.) Me estremezco!

Doña Man. Ese Julian á quien quiero yo tanto, y que se quiere casar con mi Adela... Ese Julian, sin quien no puedo vivir, y que tal vez me juzga su enemiga... (Ocultando su rostro sobre el hombro de D. Lorenzo.) Yo no puedo proseguir D. Lorenzo... no, no lo diré... Ay amigo!... yo soy una muger desgraciada y criminal, que no se atreve á mirar á su esposo; que tiembla delante de su amigo; y que corre á donde oculte sus lágrimas, sus remordimientos y su desesperacion! (Vase.)

D. Lor. Qué es esto, cielos!... Me dexa aniquilado y confundido!... La muger mas honrada en la apariencia; sería la mas culpable?... Este Julian, á quien ella quiere tanto; este Julian, sin quien no puede vivir; su esposo, á quien no se atreve á mirar... ¿Se habrá apoderado de este corazon que parecia formado solamente para los sentimientos dulces y puros, una pasion desordenada y terrible!... ¿Y á esta pasion sacrifica ella su Adela?... Pero Julian ¿puede ser su cómplice? No: ¿que es lo que digo? sus arrebatos amoro-

... sos por esta soltera amable no se pueden fingir: él tiene una alma inflamada que se exhala, y que es incapaz de un crimen. ¡Conque es á sus celos, á los que esta muger sacrifica sus hijos! ¿y lo consentiría yo? ¡Tan enemigo que soy de la opresion y la injusticia! No: de ningun modo: ¡perezca el delito, y sea la virtud dichosa!...

Sale D. Ambrosio.

D. Amb. (Con alegría.) Ya está ahí el Escribano. Trae estendido el contrato, y solo falta que mi muger le vea.

D. Lor. Ahora mismo acaba de salir de aquí.

D. Amb. ¿La han hallado los chicos? ¿Está informada de esto?

D. Lor. Si: lo sabe ya todo.

D. Amb. Ha debido sin duda demostrar su sorpresa....

D. Lor. Y de una manera muy decidida.

D. Amb. Grande debe ser su contento.

D. Lor. No tanto como nos esperabamos.

D. Amb. Como! ¿Querrá disimular el placer que la causa este matrimonio? Las casadas ¿tendrán igualmente que las solteritas su cierta segunda idea?

D. Lor. La alegría te hace chistoso, pero no feliz en proyectos.

D. Amb. El de la boda de mi hija, con quien ella tanto ama, espero que no tendrá ningun obstáculo.

D. Lor. Al contrario: ese es precisamente el que le tiene, y de tal clase que no le vencerás, si no te vales de toda tu firmeza.

D. Amb. Juzgo que quieres chancearte: ¿que inconveniente hay que pueda temer yo?

D. Lor. Una oposicion formal de parte de tu esposa.

D. Amb. No es posible.

D. Lor. Es muy seguro.

D. Amb. ¿Y que razones alega para oponerse?

D. Lor. Se niega á darlas.

D. Amb. Ya ves por lo mismo que esa es una chanza.

D. Lor. No lo hace sino de veras.

D. Amb. ¿Que debo pensarme de eso? ¿quales pueden ser los motivos de su negativa?

D. Lor. Si yo hablara con un hombre sin carácter, me valdria de rodeos, suavizaria las imagenes....

D. Amb. No, amigo mio, tengo bastante firmeza para escuchar la verdad.

D. Lor. Pues bien, llegarás á oirla: esta confianza que voy á tener contigo, me es harto dolorosa, porque sé que ha de afligirte; pero no oigo mas que la voz de la inocencia, y las leyes de la equidad.

D. Amb. Sea lo que quiera lo que tienes que decirme, habla ya: soy un hombre de resignacion.

D. Lor. Tus hijos han estado con tu esposa; la han presentado sus votos, y ella los ha desechado; la han suplicado, y se ha mantenido inexorable; se la han dexado desesperados, y han venido á hacerme el depositario de su dolor. Yo la he hablado por mi parte con toda la energia de la amistad, del ra-

ciocinio, y de la delicadeza; pero no he logrado mas que la misma negativa y el mismo silencio. Las pasiones violentas se chocaban en su corazon, y la echaban en el desorden mas terrible; por último, algunas palabras de su agitacion me han dado ciertas sospechas, que la inreflexion ha confirmado.

D. Amb. Acaba; di ¿que sospechas?

D. Lor. Las pasiones son terribles, sus males inesperados y rápidos, y la muger mas prudente suele á veces carecer de fuerzas suficientes para contrarrestarlas.

D. Amb. (*Gritando.*) Mi muger ha faltado!...

D. Lor. Tu muger ha combatido mucho tiempo; sus remordimientos investigan...

D. Amb. ¿Y que me importan sus combates, ni sus ansias!

D. Lor. Estas palabras, que son las que mas se han introducido en mi corazon, y la he oido decir casi mortal, pueden fixar tu opinion, y te darán alguna idea de la conducta de tu esposa: «Este Julian á quien quiero yo tanto, y que se quiere casar con mi Adela... «Ese Julian sin quien no puedo vivir... mi esposo á quien no me atrevo á mirar; y su amigo, delante del qual tiemblo...»

D. Amb. ¿Julian es el amante de mi esposa, y pretende á Adela!

D. Lor. No; Julian es muy honrado.

D. Amb. Ah! si yo pudiera creerlo!

D. Lor. Yo respondo de su probidad.

D. Amb. Conque mi hija será dichosa; y mi imprudente esposa llorará sola su locura.

D. Lor. Si; que sea Adela feliz; tu debes quererlo y ordenarlo. Pero su madre ¿llegará á serte extraña? Un error, solo ideado, por el que ella misma gime, ¿la quitará sus derechos á tu piedad? La abandonarás á sus penas?

D. Amb. No, amigo mio; harto conozco nuestra debilidad humana, y quanta necesidad tenemos todos de indulgencia. Como no tenga yo que reprehenderla mas que por el error de un momento; como pueda oír aun el lenguaje de su deber, y la virtud; y si llego á tener algun ascendiente sobre su alma, yo la haré avergonzarse; la reduciré á la razon, y la restituiré su esposo.

Francisco corriendo apresurado.

Fran. Señores: Julian se ha encerrado en su quarto; está hecho un delirante; no vé, no oye, ni entiende. Yo quise consolarle porque soy y fui su amigo. «Anda, (me ha dicho) ensíllame un cavallo; voy á partir, y á dexar esta casa para siempre.» He querido replicarle; me arrojó de allí, y vengo á preguntar al amo, si debo obedecerle.

D. Amb. Guárdate muy bien de eso: vuélvete allá á buscarle; dile que le quiero ver al momento; y que le proibo que salga de mi casa sin mi orden.

*Lo
G. fero. 12*

m. 916

(Vase Francisco.) Ahora le estimo mas; él no consulta mas que con la gratitud y el honor; pero no marchará. Si se necesita una víctima, no es él quien debe ofrecerse. Está formada mi resolución y será inalterable.

D. Lor. Prosigue con ella, y serás justo con todos. *[Voy á dexarte: muéstrate padre tierno, y esposo severo, sin olvidarte de que la excesiva indulgencia, aflojando los nudos de la sociedad, la lleva á su disolucion.]* *Vase.*

D. Amb. Veinte años de una conducta irreprehensible desmentidos en un día; el delirio de la juventud en la edad de la razón; la opinion pública despreciada; ¿y por quien, esto? por un jóven, que no se acuerda de ella.... Tú á quien yo tanto he amado ¿es posible que no pienses en que tu hija, inocente y virtuosa, ama tambien á ese Julian, delante del qual no tiene porque correrse!... *(Viendo llegar á Julian.)* pero él llega.... *(Yendo hácia él.)* Sabes que mi hija te ama, que te la he apalabrado, é intentas huir de aqui! Mi muger tambien te estima; y quieres olvidarme á mi igualmente, quando no he dexado de hacer algo por tí; ¿no consideras las conseqüencias de tu intento? Vaya, amigo mio, las ocupaciones serias, y algunos objetos interesantes te distraerán tal vez, pero ¿que la queda á mi Adela quando te haya perdido? El sentimiento de haberte amado, y el vacío de un corazon, donde el amor

es una necesidad. Reflexiona bien esto, y sabe, que el vano orgullo de cumplir con unas obligaciones exágeradas, no puede seducir á un hombre de mi carácter.

Jul. Ni yo tengo ese orgullo, ni exágero; pero conozco mis deberes y cumpliré con ellos, por mas penosos que son para mi. No, señor; no pretendo introducir la discordia en vuestra casa; no quiero ver sus furores en ella; ni que dos esposos, felices hasta ahora, tengan que acusarme de su desunion.

D. Amb. Yo me espero ya esas disensiones; estoy dispuesto, y sabré terminarlas.

Jul. Yo voy á precaverlas.

D. Amb. Di mas bien, á hacerlas mas amargas. Mi hija volverá á pedirme á Julian, y yo se le pediré á su madre.

Jul. Su madre me desecha.

D. Amb. ¿Y sospechas tu la causa?

Jul. No señor; mas, quiero respetarla.

D. Amb. Tu te indignarias, si la supieses.

Jul. Que language!.... acaso, ese rigor.... ¿Acusais á vuestra esposa!

D. Amb. Si la acuso! *(Moderándose.)* No, amigo mio, no... Siempre es digna de mi.

Jul. Ah! en este caso no soy del todo desgraciado!

D. Amb. *(Con una fingida indiferencia.)* Algunas preocupaciones.... ciertos errores.... que no dexan de serme sensibles, pero

Dr.
Diz f.

que no cambian mis proyectos... El aspecto de vuestra felicidad me quitará mis disgustos. (*Julian hace un ademán de sentimiento.*) No; no los tengo ahora; pero voy entrando en edad, y por lo mismo necesito aquí de ti. Renuncia á tu designio: debes á mi hija esta señal de condescendencia, y la debes á mi amistad. Quedate á mi lado; te lo ruego y te lo mando, persuadido á que no me querás afligir, ni desobedecerme. Pon, hijo mio, en mi toda tu confianza; no te asustes de un obstáculo pasajero, pues juzgo que no es suficiente para contener á un buen padre. *Vase.*

Jul. Aunque se explica poco, ha dicho lo bastante para confirmar mi resolución. El golpe está ya dado. Ya no hay aquí armonía, ni estimacion. Que D. Ambrosio lo apruebe ó no, voy á salir de esta casa, y mi ausencia restablecerá el orden y la paz, que mi debilidad acabaría de desterrar de ella.... Pero, y Adela! dexármela sola, abandonada á si misma! representármela en mi imaginacion continuamente combatiendo sus deseos, y despedazando su corazón!... Esta idea insoportable me perseguirá por todas partes... Héla aquí. (*Yendo á ella que sale.*) Vienes oportunamente, para poder sentenciar entre el amor y el deber. Ven á sostener mi aliento, ó á hacerme despreciable para siempre; decide en fin de la suerte de tu madre; y dime, si ella debe

vencer, ó tu amante.

Adel. Que triste alternativa!

Jul. Se necesita que determines pronto; mañana, desta noche, dentro de una hora tal vez no será ya tiempo.

Adel. ¡Y es á mi á, quien preguntas! Consúltalo con tu probidad; á ella sola debes oír.

Jul. Conque debo ausentarme.

Adel. Márchate; yo sé padecer y callar.

Jul. Pero me llevaré tu imagen.

Adel. Y yo me quedaré con tu corazón.

Jul. Quando se ha llegado á amar una vez de veras...

Adel. Eso si; es para siempre ya.

Julian. Me dirigiré hácia nuestro ejército: la gloria y el amor darán elevacion á mi alma.

Adel. Pórtate como un buen español, que aquí, (*señalando á su corazón.*) aquí está tu recompensa.

Jul. Yo me la mereceré. Servir bien á su patria, y amar con honor á su hermoso dueño...

Adel. Eso es lo que debe hacer el hombre de bien, y quanto hay que esperar del noble español.

Jul. Pues á Dios, Adela.

Adel. (*Llorando y cogiéndole la mano.*) A dios.... á dios.... Hasta quando?

Jul. Mucho nos enternecemos, y quien llora, no se arranca de lo que ama.

Adel. Harto hacemos por los otros; demos al menos un instante á nuestro amor. (*Se abrazan; pausa de silencio; y saca ella un retrato que le dá.*) Aquí tienes mi retrato; yo le destinaba pa-

D

L. J. J. J.

ra mi esposo. Mi padre te ha dado ya este título; mucho tiempo ha, que tu Adela te habia nombrado en secreto; este retrato de derecho es tuyo; tómale. Haz que él aumente tu ternura, y que te aliente á la virtud. Ya te dexo; (*al marcharse ella.*) no pienses mas en volverme á ver; las fuerzas humanas tienen sus límites, que no deben traspasarse. *Vase.*

Jul. (*Después de haber mirado el retrato en silencio le besa.*) Con que esto es todo lo que me queda de ella! Aquí está todo mi consuelo!... Adela sola tendrá cuenta de mis sufrimientos; los demas me olvidarán pronto en el seno del reposo.

Sale Francisco.

Fran. Desde que me echaste de tu quarto, te voy buscando por todas partes. Julianico quiere sufrir solo, y yo estoy empeñado, en dividir con él sus quebrantos.

Jul. Te debo mi educacion; siempre te has manifestado mi amigo; pero te he confiado mi secreto, y no me le has guardado.

Fran. Yo no he buscado mas que el medio de servirte, he podido equivocarme, pero mi intencion era buena.

Jul. No siempre basta eso; bien lo ves. Me has expuesto á unas quejas, que me honran, pero que debias tu excusarme.

Fran. Puedo reparar mi falta?

Jul. Puedes muy bien, y espero que lo harás.

Fran. No tienes mas que hablar; Francisco es todo tuyo.

Jul. Espero, amigo mio, que me concederás un servicio, que será el último que me prestes.

Fran. Mándame Julianico.

Jul. Disponlo todo para esta noche, y me marcharé sin despedirme de nadie. Te dirigiré alguna vez las cartas para Adela; tú se las entregarás, y me remitirás sus respuestas.

Fran. Estás ya resuelto?

Jul. Irrevocablemente; de fixo.

Fran. Pues bien; tu partirás; pero tambien te pido otra gracia, y tu condescendencia te asegurará de la mia.

Jul. Explicate; ya me conoces.

Fran. Yo ya soy viejo; pero tengo conque vivir sin necesidad de estar á cargo de nadie: este es el fruto de mi trabajo, y de veinte años de economía.

Puedo tal vez ser útil á un amigo desgraciado, á quien impedirá su dolor pensar en su fortuna. Querido Julianico, te seguiré yo donde vayas; y solo á esta condicion haré lo que me mandas. Mis consuelos serán sencillos como yo; no tendré ningunas retóricas; pero si, un buen corazon, y tu entenderás su lenguaje.

Jul. Hombre honrado y respetable!... Hé aquí á los que humilla el orgullo loco! Francisco tu propuesta no me admira; pero no puedo aceptarla.

Fran. Tu negativa me ofende, Julian: ¿te crees, que el que ha cuidado de ti en tu infancia, no sea digno de ser el compañero de tu juventud?

Jul. Amigo, yo voy al ejército;

L. Forero

tendré una vida errante y laboriosa, y no te permite ya tu edad....

Fran. ¿No soy yo español también? ¿No tengo, como tu, una patria que defender, y sangre que ofrecerla?

Jul. (*Abrazándole.*) Ya no me niego mas; si, partiremos juntos. Cuidado, conque seas activo y discreto! Aquí estaré en este salón á las doce de la noche; dexarémos estos sitios silenciosamente: esta casa en que tu has pasado tus mejores dias, y donde, esta misma mañana, me lisonjeaba aun la fortuna con la esperanza mas dulce y falsa.

Vase.

Fran. Si señor, le seguire por todas partes, ¿que puedo hacer de mejor? El amo al punto hallará un criado, y Julian buscaria en vano un amigo: El infortunio no los procura. Ah, Ah! Aquí está mi confidenta.

Sale Elena.

Elen. Por último te veo; una hora, lo menos, que te voy buscando.

Fran. (*Con sequedad.*) Que lástima!

Elen. Adela ha descubierto á su madre el proyecto de la partida de Julian; ella lo aprueba...

Fran. Qué fortuna! no es verdad?

Elen. Pero quiere verle en secreto antes de que salga; y te suplico que te encargues de decirselo.

Fran. Haz tus comisiones por ti misma, y no me rompas la cabeza.

Elen. Vaya que el Sr. Francisco está muy sobre si.

Fran. El Sr. Francisco aborrece á los que se valen de todos los medios de la adulacion para hacer la corte á sus amos. ¿Usted cree que no la he observado yo, cómo observo á los demas? cree usted que se me ha escapado el odio que tiene á Julian? Pues usted es la que le pierde, y por consiguiente no volverá ya á hacer migas conmigo. Hablo á usted con toda franqueza: yo he vivido con usted con mucha armonia, pero jamas me ha engañado, y tal vez seré el único de casa á quien no ha podido usted engañar. (*Hace que se vá.*)

Elen. Pero ¿en que quedamos sobre mi comision? Necesito una respuesta para mi ama.

Fran. (*Al entrarse.*) Pues bien; que estén en esta sala á media noche en punto, que aqui se nos verá.

Vase.

Elen. (*Sola.*) Asi son la mayor parte de los hombres; los mas juzgan por las apariencias, y sus sentencias son sin apelacion.

Lo peor está en que tiranos de sus mugeres no las dexan sus secretos sobre asuntos en que deberian respetarlas. (*Viendo salir á D. Ambrosio, y D. Lorenzo.*)

Pero huyamos de aquí, pues llegan los dos amigos, cuya indiscrecion no cesa de mortificar á mi ama, quando evita que su voz, como un rayo, no les yera. (*Vase y salen ahora.*)

D. Amb. No pensemos ya en los medios suaves; el extravio llega al colmo, y no me dexa ya ninguna esperanza. Lo he

D 2

intentado por todos los medios, y solo he conseguido la vergüenza de haberme abatido inutilmente.

D. Lor. (ap.) Ya lo habia yo previsto.

D. Amb. Yo la he rogado que piense en su honor, y en la tranquilidad de su marido: la he prometido valerme de mi autoridad; y se ha mantenido sorda á mis súplicas, rebelde á mi voluntad; la he afeado su criminal pasion; y mis quejas la han indignado. Persiste en que ningun amor tiene á Julian: dice que ese detestable afecto no puede tener lugar, ni siquiera en su idea; pero que jamás, que nunca será él esposo de Adela. En fin, amigo mio, las lágrimas y sollozos han dado fin á esta conversacion, que decide la desgracia de mi vida.... yo estaba dispuesto á perdonarla; conozco que hacía mal, pero me habia enternecido. Salia yo de allí muy despacio: pero ni una sola palabra, me dixo, para retenerme, ó desarmarme: el nombre de Julian estaba sin cesar, en sus labios, y me ha vuelto mi brio, avivando mi indignacion.

D. Lor. Ya has hecho lo que te prescribía tu delicadeza. Este paso era necesario, pues que podia ser útil; otra segunda tentativa, sería intempéstiva y peligrosa.

D. Amb. ¡Yo volver mas junto á ella! me envilecería solo el pensarlo. La volveré aun á ver,

pero por la última vez, y para obligarla á que firme el contrato.

D. Lor. Esa prueba te será muy costosa; procurarán todos aplacarte.

D. Amb. Será muy en vano; mi corazon está cerrado para ella; y no será accesible á ningun sentimiento, ni aun al de la compasion.

D. Lor. Me lastimo de tí, y te respetaré siempre.

D. Amb. Evitemos sin embargo una publicidad inutil; estas escenas de horror deben pasar entre nosotros solos. Esta sala está harto independiente y retirada; hácia la media noche, quando todos se entregarán al descanso, menos la culpable, y sus víctimas; entonces se ha de concluir aquí este contrato matrimonial. Vamos á prepararlo todo; No será hecho, baxo de muy favorables auspicios; ¡Oxalá que sea mas dichoso que el mio!

Vanse.

ACTO TERCERO.

El Teatro está muy escasamente iluminado, para que demuestre ser media noche. Al correrse el telon Francisco estará sentado, como de espera; de botas, y con un látigo en la mano. Alzándose de la silla, saca su relox, y va á ver la hora que es, hácia la luz del único farol que habrá colgado y encendido.

Fran. La hora consabida y propia.

Bueno! todo está ya dispuesto: hechas las dos maletas; ensillados los caballos, y la puerta falsa abierta; nada nos puede faltar ni detener.... Si; pero estos caballos no son nuestros.... pues bien, se les volverá á embiar con un propio; despues de esto, que nos busquen; no sería poco diestro el que nos hallase. (Sacando una bolsa de badana.) Aquí hay ya conque pueda mantenerse mi buen amigo un par de años por lo menos; durante éste tiempo se suavizará su pena; él se hará conocer, y logrará alguna buena colocacion: entonces si, que será verdaderamente el hijo de si mismo....

Sale Julian.

Jul. Estás ahí?

Fran. Si; aquí estoy.

Jul. Lo tienes todo dispuesto?

Fran. Todo absolutamente.

Jul. ¿Sin que nadie lo haya notado?

Fran. Nadie lo sabe.

Jul. Pues no perdamos ni un momento. Vamos.

Fran. Han dado en casa las doce?

Jul. Si; ¿por que?

Fran. Porque vendrá aquí mi Ama; quiere verte, y hablarte un instante.

Jul. Francisco; volviste á ser indiscreto!

Fran. No han podido rastrear nada los que se oponen á vuestra partida; mas era inútil hacer un misterio de ella á una persona que se alegraría, que estuvieses ya bien distante de aquí.

Jul. Si; pero pudieras ahorrarme de una despedida inútil, y penosa.

Fran. La han pretendido; el negarse era exponerse á nuevas medidas, é impertinencias, que nos hubieran quitado la libertad de obrar.

Jul. Tu fin está ya cumplido; vamos de aquí. (Echando á andar.)

Fran. Ya os sigo; vamos.

Jul. (Parándose.) Aquí es donde he pasado diez y seis años con ella; donde nos hemos entregado con seguridad á los dulces sentimientos de una pasion inocente; y tambien es aquí, donde se forjaba mi desgracia en el seno mismo de la felicidad!...

(Muy triste.) En quanto amenzca el dia, vendrá Adela á esta sala, que nos gustaba tanto; recorrerá estas piezas por donde hemos correteado tantas veces; se sentará á las sombras de esos céspedes, donde se nos pasaban las horas con tanta rapidez; buscará á Julian por todas partes, y Julian no estará ya ahí! Ah Francisco! que recuerdos me persiguen en este instante!.... Partamos; vamos.

Doña Manuela sale con una buxía que dexa sobre una mesa.

Fran. Gente viene.... Ah! es mi ama.

Jul. ¿Habeis querido aun verme, señora! ¿puede seros agradable mi presencia? ¿ereis que la vuestra pueda consolarme?

Doña Man. Francisco, avisa por esa ventana, si viniese alguno. (Francisco sale por la puerta de

*Doña
v. iz con luz*

enmedio, y se pone por la parte de afuera de una de las dos rejas.) Tienes derecho para pensar lo que gustes, y estoy dispuesta para oír lo que me digas; pero escuchame un instante. Nuestra separacion era inevitable; tal vez lo conozcas algun dia: esta separacion será larga, larguísima, y he querido verte por la última vez; volverte á abrazar; llorar por tí y por mí; darte algunos avisos que te podrán ser muy útiles; y asegurarte, en fin, que jamas te faltaré.

Jul. No me habéis ya de vuestros donativos; los concedéis á mucha costa: un hombre de mi carácter de nadie necesita; yo sabré sobrellevar mi suerte, si no puedo vencer mi adversidad; y por lo tocante á vuestros consejos, tan preciosos en otro tiempo, son para mi superfluos en este.

Doña Man. Ay Julian! que yerros han causado la preocupacion y la injusticia!

Jul. La preocupacion!... la injusticia! á nadie subyungan tanto como á vos misma, y á mi solo es á quien ellas maltratan! No me detengais, señora; dexadme partir.

Doña Man. Espera un instante: vuélveme tu corazon....

Jul. Para que le despedais mas á salvo!

Doña Man. Tu mejor amiga es la que te insta y ruega á que no la deseches: es una madre extraviada y sensible, que sufre por tí y para tí; que quisie-

ra.... que no puede....

Jul. (Sollozando.) Ay! una madre!.... una madre!

Doña Man. (Reprimiéndose.) Te he servido de tal; he cumplido con esos deberes.

Jul. No teneis que acordarme lo pasado; vos misma lo borrais de mi memoria. Si es verdad

que os debo infinito, ¿hago yo menos hoy? Renuncio á todo quanto me hacia apreciable la vida; dexo á mi Adela; huyo de vuestro esposo; voy á echarme en un mundo desconocido; sin empeños, sin esperanza, sin otro amigo, que un viejo criado que se entenece de mis males, y quiere dividirlos conmigo. Yo me expongo á todo, lo desprecio todo; y ¿por quien? por vos sola, muger despótica, y cruel!... No; ya no tengo madre; no la tengo ya; habeis puesto entre los dos una eterna separacion.

Doña Man. Tu me acusas.... me ultrajas, y no puedo quejarme de tu injusticia.

Jul. En la situacion en que me allo, ¿sé yo lo que me hago?

Doña Man. (Llorosa.) Ah! y yo? ¿me conozco yo á mi misma?

Mi discurso me abandona.... mi desórden llega á su colmo.... se confunden mis ideas, sin union...

Julian, yo pierdo en tí la mitad de mi ser. Ni puedo verte,

ni separarme de tí.... No opongo á tus deseos mas que la imposibilidad.... la desesperacion...

algunas lágrimas estériles, que no pueden sosegarte.... Si; tu me aborreces; debes hacerlo así,

lo conozco; pero por mas indigna que me juzgues, déxame gustar aun del placer de ser madre. Julian.... hijo mio, hijo de mi alma, mis brazos están para ti abiertos; ¿temes arrojarte á ellos?... *(Julian dudoso.)* Julian! *(La abraza: rato de silencio. Llega con precipitacion Francisco.)*

Fran. Señora! que he visto luz en el quarto de D. Lorenzo, y juzgo haber oido la voz de mi amo. Hay ya movimientos por la casa: démonos prisa, ó vamos á ser descubiertos.

D. Man. A Dios criatura desgraciada! Por donde quiera que huyas, estarán abiertos siempre mis ojos para verte. Escribeme; te lo suplico; tus cartas aliviarán mis penas: se las leeré á nuestra Adela, que las necesita tanto como yo. A Dios... jamás te apartes de la virtud; óyela, y siguela siempre. Olvida tu nacimiento; llena la honrosa carrera que vas á empezar: haz que tus hazañas, y tu gloria puedan llegar hasta mi; que las celebre yo en secreto, y que pueda yo decirme: mi Julian es un heroe, que me hace olvidar su triste nacimiento... *(Julian hace que se va.)* Ven aquí, hijo mio, que vuelva yo á abrazarte; repíteme que no me aborreces, y me quedaré mas tranquila.

Jul. *(Abrazándola.)* Quien! yo, aborreceros! lo intentaría en vano.... no tengo bastante valor para ello. *(Se hecha en sus brazos; la mira con ternura; ha-*

ce que la va abrazar otra vez; se detiene; y se marcha muy agitado. Francisco va á seguirle.)

Doña. Man. *(Llamándole.)* Francisco! mi estimado Francisco, mira que cuento contigo; que jamás le dexarás!

Fran. Dexarle yo! no señora, no; ántes la vida: aquí hay un buen corazon.

Doña Man. Toma esta cartera: Ahí tienes varias letras; no reuses el gasto, y que nada le falte.... Adviertele que me escriba; cuidado conque me escribas tu tambien. Sobre todo Francisco cuidado conque seas tú siempre su amigo y su consuelo.

A Dios. *(A él, que está parado oyéndola.)* Vaya, anda; marchaos y que el cielo os guarde, y conserbe... *(Una corta pausa.)* Ha! si hay un justo equilibrio entre el bien y el mal, quales deben de ser las delicias de la virtud pues que un solo instante del vicio basta para emponzoñar la vida mas dichosa!... He perdido ya á Julian; empieza ahora mi suplicio, y cada dia me le hará mas insufrible. Un esposo que me amenaza, por un lado; una hija que padece, por otro, acusándome los dos de un rigor, que repugna á mi alma, y la atormenta; el abandono, que se sigue al menosprecio; un fin doloroso y próximo: ésta, ésta es mi suerte, y yo me la quise.... No te quejes muger infeliz; debieras haber pensado todo esto ántes de faltar á tu de-

m 910 y 92

B. L. D.
do
2. foro con tu

ber, á tu virtud y á tu esposo; sino te asustó la infamia, porque temes sufrirla!...

(Adela y D. Lorenzo salen con dos palmatorias encendidas que ponen sobre la mesa. D. Ambrosio trae cogido de la mano á Julian; se ilumina enteramente la escena.)

~~Ba~~
D. Amb. Tú partes! te ausentas! Ven aquí inconsiderado; sé dócil, y dejate conducir. Mira ahí á tu Adela: ahí la tienes... mirala, mira sus lágrimas; y huye luego si puedes.

Jul. Adela, mi Adela!

Adel. ¿Te he vuelto á hallar, ó te voy aun á perder?

D. Amb. (A Doña Manuela.) Tu aquí también! me has adivinado: vamos á concluir con unos debates que han durado demasiado; espero que no me obligarás á que use yo de mis derechos; no pienses oponerme mas una resistencia inútil, y prepararte á obedecerme.

Doña Man. Cuidado con que quieras precisarme á ello.

D. Amb. Pocas palabras y vamos á los hechos. Si es que llevo á engañarme; si miras á Julian con sentimientos honrados, pruebámelo al momento. (Sacando el papel del contrato y poniéndole sobre la mesa de escribir.)

Aquí tienes el contrato matrimonial de tu hija; firmale al punto.

Doña Man. Tú me ordenas un crimen.

D. Amb. Al contrario; quiero ahorrártele.

Doña Man. Cometo el mas hor-

roroso, si te obedezco.

D. Amb. (Muy irritado, por grados.) Como! si me obedeces! No te queda ya mas partido.

Doña Man. Mírame á tus rodillas: (Echándose á sus pies.) téncome compasión de mí... En toda mi vida no he cometido mas que una sola falta....

D. Amb. Pues sabe repararla.

Doña Man. Ay de mí! No es posible.

D. Amb. Todo se repara si hay valor.

Doña Man. Con el valor!... no; con la muerre.

D. Amb. (Levantándola.) Esta es la última vez: obedece.

Doña Man. Mira que hablo, si insistes; pero, si digo una sola palabra, te aniquilo y nos perdemos.

D. Amb. (Arrebatado de cólera, le coge de la mano, y la arrastra hácia la mesa.) Ya no escuchas mas, nada. Venga usted; vamos.... Ahí está la pluma.... cógela.... firma.... firma....

Doña Man. (Escapando y atravesando con velocidad el teatro.)

No, no, no; yo no firmaré un incesto! ellos dos son mis hijos

(Cae sobre un sofá á la izquierda; Adela en los brazos de D. Lorenzo; D. Ambrosio se apoya sobre la mesa, y Julian está de pie en medio del teatro con los ojos fixos en la tierra, y en la actitud de la desesperacion.)

Rato de silencio.

D. Amb. Que golpe, cielo santo!...

(A D. Lorenzo.) Ay, amigo!...

Hija mia! mi amada Adela!... (A

su muger.) ¡Quanto mal acabas de hacerme! Yo creia obligarte á hacerte estimable, y ahora hemos perdido hasta la misma esperanza.... ¡Que lance este, Dios mio!... *(Yendo hácia ella con furia.)* Has incurrido en efecto en un crimen irreparable: no me abatiré yo hasta el punto de afeartele: mira si sentencias tú misma, haciéndonos justicia á todos.

Doña Man. Me la estoy haciendo ya desde el desgraciado dia, en que quebranté mi deber. He pasado veinte años en el dolor y las lágrimas: hoy mismo has sido buen testigo de ello.

D. Amb. Sentimientos inútiles! hay ciertas cosas que no puede olvidar un hombre delicado.

Doña Man. No te pido el olvido de un yerro imperdonable: nada debe esperarse de aquellos, cuya estimacion se ha perdido; pero no quieras deshonorarme por una publicidad escandalosa; no echas sobre toda mi vida una mancha que tal vez ya he borrado. No tengo más delito contra ti, amado esposo, que el no haber resistido al amor que me inspiraste; el haber consentido en tu enlace que me honraba. No era ya digna de él, pues que estaba cometido mi crimen desgraciado, antes de conocerte. Olvidéme de mi honor por un solo momento; despues tú propio has sido testigo de la vida que he pasado, aunque no de las penas secretas que supe devorar por mi arrepentimiento. Por él te ruego que no me echés de tu casa: so-

lo te pido que me dexes vivir en ella, sola y retirada; yo me proiviré los mas simples placeres; evitaré tu amada presencia; no veré mas que á mi hija, quando me lo quieras permitir, y consientas en ello. Sea esta la recompensa de mi arrepentimiento.

D. Amb. No, señora, no, no debemos vivir jamas juntos: nuestra separacion no se hará de un modo ruidoso: la publicidad me deshonoraria igualmente que á vos; *(Doña Manuela y Adela se ponen de rodillas con los brazos tendidos hácia él.)* y yo pensaré quando esté mas tranquilo, en los medios que convendrá emplear.

Adel. *(Llorando.)* Perdonadla: perdonad á mi madre, padre mio!

D. Amb. *(A su muger.)* Te pones á mis pies, y solo piensas en ti. Mira el estado cruel á que has reducido á tus hijos; considera las lágrimas que van á derramar; calcula los males de una pasion desesperada en dos corazones subyugados enteramente por ella; piensa el horroroso futuro que les espera; que este triste quadro esté siempre presente á tu idea, y cause tu eterno suplicio. *(Doña Manuela va de rodillas, y abraza llorosa las de su marido.)* Dexame, dexame. *(Volviéndose de espaldas.)*.... Oh mugeres! mugeres! ¡si reflexionaseis, antes de cometerle, quan baxo es el vicio! *(Adela y su madre se alzan del suelo.)*

Adel. No penseis en nosotros, padre mio; yo espero que lograre-

E

mos mi hermano y yo vencer-
nos.... yo me acostumbraré por
grados á no ver en Julian mas
que mi hermano.

*D. Amb. (Con un movimiento de
horror.)* Tu hermano!... tu her-
mano! *(Mira á Julian, ve sus
extremos de desesperacion, y se
acerca á él diciéndole.)* No, Ju-
lian; nada temas. Confia en mí;
yo soy rígido, pero justo; no es
á ti, á quien debo acusar de tu
nacimiento, ni te castigaré jamás
por las faltas de tu madre.

Jul. ¡Me dispensais aun vuestra
compasion! Ah! ¡pues tambien
podré suplicaros á favor de esta
madre desgraciada! *(Se le pone
de rodillas: al verle hacen lo
mismo)*

Jul. Adel. y Doña Man. Perdon!
gracia, perdon!

D. Amb. (Enternecido.) Dexadme;
ya os lo he dicho, dexadme;
aunque sorprehendierais mi cora-
zon, se quedaria mi razon inal-
terable, y seria yo inflexible.

D. Lor. Inflexible! y por que? El
prudente calcula las circunstan-
cias mas ó menos graves; nunca
cede á los movimientos de un
amor propio ofendido; no conoce
mas que la justicia, y sabe ha-
cérsela á sí mismo, y á los otros.

D. Amb. Yo soy justo, y lo de-
muestro.

D. Lor. Ni lo eres, ni puedes aho-
ra serlo; estás muy interesado
en este asunto, para que pue-
das sentenciar con imparcialidad.

(Alzándoles.) Alzad del suelo, fa-
milia respetable; yo me consti-
tuyo vuestro defensor. Oyeme,

amigo. *(A D. Amb.)* No menos

me irrita á mí el vicio, que lo
que puede á ti indignarte: si
yo creyera que pudiese hallarse
en tu esposa, la abandonaria á su
suerte. Sin duda que ha sido cul-
pable; ¿pero quando? en una
edad en que no se está alerta
contra unos lazos que no se sos-
pechan, y en que se ha caido ya,
antes de haber pensado en defen-
derse. Lo fue en un tiempo en que
ignoraba si existias. Hoy tú, ma-
rido riguroso con exceso, la con-
denas, juzgándola por un ins-
tante de olvido; mas yo sobre
su vida entera establezco mi jui-
cio, y la sentencio. Por cerca de
veinte años ha causado ella tu
felicidad; durante los mismos,
su afabilidad, su ternura, sus
prendas morales y domésticas
han hecho que embidien tu suer-
te quantos esposos te han conoci-
do; y veinte años de felicidad
¿no borran una falta, cuya con-
fesion debes solamente á un es-
fuerzo noble, de que la virtud
únicamente es capaz? Si; si el
vicio no la causase horror; si
hubiese contraido su costumbre,
ella hubiera dexado casar sus hi-
jos, y por su segundo crimen
hubiera envuelto el primero en-
tre una obscuridad eterna. Esta
idea ha sublevado su alma hon-
rada y pura, y no ha dudado
entre ella y su deber. ¿Es pues
por este hecho, por el que pue-
de reconocerse una muger culpa-
ble? Yo por él, muy al contra-
rio, veo una muger criminal an-
teriormente en su estado de sol-
tera; mas desde que tuvo due-
ño, arrepentida y virtuosa. —

Aun hay mas : esposo tierno, ¿crees poder separarte de una esposa adorada? Tendrás valor para ello, aunque tal tu intencion sea? ¿Quien la reemplazaria en esa alma que ella enteramente llena, y cuya necesidad de amar constituye ya su esencia? ¿Juzgas tú que la amistad la baste? Desengañate. Aunque depositario yo de tus placeres, no me buscarás ya mas para confiarme unas penas de que querria yo ahorrarte; tú las devorarás en silencio; tu soledad te hará insupportable, y llamarás en vano á una esposa desterrada y perdida, cuya desgracia te la hará mas amada aun: entonces su falta desaparecerá ante una larga serie de años; no pensarás mas que en las qualidades estimables que podian hermohear el fin de tu carrera, y tú la acabarás en el seno del fastidio y de los sentimientos.... Ambrosio, mi amado amigo, no te armes de una severidad, cuyos efectos recaerian sobre ti. Desprecia la preocupacion. Odio contra los perversos, é indulgencia para el débil. ¡Es una cosa tan dulce el perdonar, y mucho mas á lo que se ama!...

Aquí tienes tu muger. *(Mientras dice las líneas que siguen, coge la mano de Doña Manuela, y la pone en la de su marido; ella la llena de lágrimas. D. Ambrosio se vuelve hácia ella; la mira con ternura; la abre sus brazos, y ella se echa en ellos.)* Está esperando su sentencia: añade á todos los títulos que tienes sobre ella ya, los sagrados derechos de la gratitud. *(Instante de silencio.)*

D. Amb. Pero, estas criaturas!... estas desgraciadas criaturas!...

D. Lor. Por lo tocante á Julian verificará su viage; es indispensable, y él mismo advertirá su necesidad; la esperanza alimenta el amor, pero este muere quando la esperanza: la ausencia los reducirá prontamente al estado sereno y tranquilo, que no se atreven ellos á prometerse hoy.

D. Amb. Oxalá, mi digno amigo, que puedas tú algun dia consolar á mi Adela! Este es mi único deseo por ahora. ¡Así lograremos reunidos!...

D. Lor. ¡Que pueda el quadro de este instante no borrarse jamas de la idea del sexó mas amable!

F I N.

Esta primera Edicion es propiedad, de José Cár-
s Navarro, en cuya Librería se hallará de ven-
ta, frente la Lonja de la Seda; á tres
reales vellon.